

á las *traviatas*, consume á esta de quien contamos la lastimosa historia.

Entonces el amo de la fábrica, el varon justo y penitente de la novela, se lleva á Fantina á uno como hospital que tiene en su casa. Ella cuenta su vida al varon justo, y casi venimos á averiguar que era una santa, víctima de la sociedad ó de la tontería.

El varon justo quiere hacer venir á la niña de Fantina, que sigue en la venta, pasando las penas derramadas; pero los venteros, como ven que las remesas de metálico menudean, gracias á la generosidad del varon justo, no sueltan al angelito. Así es que, mientras estamos entre si viene ó si no viene, Fantina se va al otro mundo, en olor de santidad, dejando muy edificadas y consoladas á las madres ó hermanas de la Caridad que la asistian.

Tal es en resúmen la historia de Fantina, pobre de invencion y llena de monstruosos disparates; pero contada con talento extraordinario.

Ahora hablaremos de la verdadera ó principal accion de la novela, de la vida y milagros del presidiario Juan Valjean que, arrepentido de sus pecados, se convierte en gran filántropo, fabricante y varon justo, y que saca á Fantina de la perdicion en que se hallaba, y logra que tenga un tránsito apacible, cuando no glorioso, á otra vida mejor; lo cual no era mucho encarecimiento para ella por lo perverso y rematadamente malo de la que habia vivido.

En todo lo que dejamos apuntado, volvemos á repetir que hay más extravagancia que espíritu ó miras

anti-sociales. El libro de *Los Miserables*, más que romper las costumbres ó difundir el socialismo, lo que podrá corromper será el buen gusto literario, y lo que podrá difundir será la manía de escribir disparates que, escritos sin el talento de Victor Hugo, no tendrán la menor disculpa, ni el atractivo más pequeño.

Ya hablaremos en otro artículo de Juan Valjean, y ya volveremos á hablar de su protector el obispo.

III.

Casi estamos arrepentidos de haber empleado tanto tiempo y tantas columnas de nuestro periódico en hablar de *Lso Miserables*, habiendo en España no pocos libros nuevos, de los cuales, ni nosotros, ni ningun periódico diario ha dado circunstanciada noticia, y sobre los cuales tal vez no se ha publicado ni una gacetilla siquiera. Ni de la *Munda Pompeyana*, de los Sres. Oliver, ni de la *Historia de la literatura española*, del Sr. D. José Amador de los Rios, ni del *Madrid antiguo*, del señor Mesonero Romanos, ni de la *Historia parlamentaria*, del Sr. Rico y Amat, ni de *La China y las potencias cristianas*, del Sr. Mas, ni de otros muchos libros, así de instruccion como de entretenimiento, que han escrito y publicado recientemente autores españoles, ha habido crítico alguno que trate; pero en cambio, todos, *doctique*, *indoctique*, hablamos de *Los Miserables*, de Victor Hugo.

Nosotros, arrastrados por la corriente, hemos dado tal vez á este libro más importancia de la que merece

en realidad, si bien ha sido con el intento de probar que no tiene esta importancia.

Antes de 1848, apenas habia en España quien supiese lo que era socialismo; quien recelase nada del socialismo. *El Heraldo* y otros periódicos moderados publicaron en su folletin novelas como *El Judío errante* y *Los misterios de Paris*, sin advertir las doctrinas que divulgaban. De *Los misterios de Paris* se hicieron en España, en un año, más de veinte ediciones, y nadie, ó pocas personas dijeron que era anti-social esta novela. Hoy, sin dejar de tener en España la misma predileccion por los libros franceses, hemos venido á dar en el extremo contrario, y tachamos de anti-sociales las dos terceras partes de las obras que leemos.

La censura exagerada, este temor de la ponzoña que ciertos libros encierran, excita la curiosidad y contribuye poderosamente á que se lean más de lo que de otra suerte fueran leídos.

En este caso se hallan *Los Miserables*, cuyo análisis vamos á terminar en breves palabras. Pero antes de terminarle, nos importa hacer una distincion para que se entienda mejor nuestro pensamiento. Nosotros creemos que se puede ser anti-social hasta cierto punto, sin ser inmoral ó irreligioso. Aceptando, acatando y ensalzando el dogma católico y la moral cristiana, puede un autor descubrir ó soñar vicios y maldades en el organismo social, y condenarlos y censurarlos ásperamente, á menudo sin fundamento, apoyándose, al dictar su sentencia, en los mismos principios de la moral que los bien avenidos con la sociedad afirman que él des-

conoce. En este sentido, tal vez se pudieran calificar de socialistas muchos libros devotos. La novela de Victor Hugo, sin embargo, va en ocasiones un poco más lejos. La pasion ciega al ilustre poeta, y sin que nos atrevamos á calificar de inmoral ni de irreligioso, sino de todo lo contrario, el conjunto de la obra, hay en ella dos ó tres pasajes que es menester confesar que desmienten nuestro aserto.

Ya hemos dicho que el obispo monseñor Bienvenido es un dechado de perfeccion, un modelo de todas las virtudes cristianas. Leer la vida que de él nos refiere Victor Hugo, es leer la vida de un santo. Hay, con todo, en esta vida, algunas cosas que pudieran haberse excusado por extravagantes, y dos ó tres hechos que desdicen, que protestan, que braman de verse incluidos en la vida de tan venerable siervo de Dios.

El más culpado de estos hechos es como sigue. Un bandido roba las alhajas de Nuestra Señora de Embrun, y al cabo de algun tiempo, movido de las virtudes del obispo, se las entrega. Toda persona moral, todo hombre recto y de conciencia, una vez recibido el objeto robado, le hubiera devuelto á su dueño. Aunque est no hubiera sido Nuestra Señora; aunque hubiera sid un libertino que gastase el valor de lo que se le devolvía en seducir doncellas honradas, en orgías, en el juego ó en otros vicios peores; aunque el dueño hubiera sido un malvado que emplease aquel valor en conspirar contra la independenciam de su patria, nosotros no comprendemos que quepa en este negocio ni vacilacion ni duda. El objeto robado es menester que vuelva á

poder de su dueño. Emplear su valor en hacer las obras de caridad más meritorias, es una cosa horrible, es manchar á la caridad con el sello de la infamia. Sin embargo, monseñor Bienvenido vacila, titubea, y aunque Víctor Hugó toca esto vagamente, todavía se puede afirmar que el obispo se queda con lo robado para socorrer á los pobres. Cuanta censura hagan de este pasaje los enemigos del poeta es más que merecida. ¿Con que en siendo para socorrer á los pobres, se puede robar ó detener lo robado? Lo mejor que podemos alegar en defensa de Víctor Hugo es que al decir esto, no supo lo que decía. En algunas vidas de hombres caritativos, hemos leído que con el fin de hacer limosnas han solido estos abusar del bien ageno; pero los que tal han hecho, no han sido discretos como el obispo, sino simples por naturaleza y por gracia, y nunca han llegado á término semejante. El beato Francisco del Niño Jesus se tomaba á veces ciertas libertades y repartía entre los pobres lo que de resultas recogía, si bien no lo disimulaba ni lo ocultaba; antes decía á los dueños, que ya el *amo*, esto es, el Niño Jesus, les pagaría lo que él les habia tomado: por lo cual llamaba al Niño Jesus el *empeñado*. Pero monseñor Bienvenido no dijo nada de esto á los fieles de la iglesia de Embrun, y se quedó con sus alhajas á la chita-callando. Sea todo por Dios.

Otro hecho singular é inexplicable en la vida del obispo es la admiracion que se apoderó de su alma al oír á un convencional moribundo explicar la revolucion francesa. Pues qué, ¿este obispo, que la habia presenciado, no sabia lo que era, no se habia dado cuenta de

la revolucion, no habia formado sobre ella un juicio favorable ó adverso al cabo de sus años? Ni se crea que el convencional le dijese cosas muy filosóficas y profundas, presentando los hechos de la revolucion iluminados por una luz nueva. Todo lo que dijo el convencional en defensa de la revolucion, se lo debia saber de coro el obispo. Y, sin embargo, el obispo, que iba á catequizarle, es catequizado; el obispo, que iba á convencerle, queda convencido; y el obispo, que iba á bendecirle y absolverle *in articulo mortis*, se hinca de rodillas delante del convencional, y le pide la bendicion y acaso la absolucion. El convencional resulta, pues, un santo de doble tamaño, por lo menos, que el obispo; porque el convencional propendió á realizar el cristianismo en las instituciones, y fué un precursor de lo que llaman el cristianismo social, haciendo que, para prepararse á su advenimiento, se bautizase la gente con sangre en el Jordan de la guillotina. Algo tiene que decir en contra de todo esto el señor obispo; pero el convencional refuta victoriosamente todas sus objeciones. «La letra con sangre entra, viene á decir el convencional, y por otra parte, si la revolucion mató á algunos inocentes, á muchos más mató Herodes.» Con este y otros discursos por el estilo, no es de maravillar que el obispo se postrase á los piés del revolucionario, el cual era además un varon muy probo y morigerado, y siempre habia comido en un *restaurant* baratísimo, sin robar nada, ni siquiera para socorrer á los pobres.

Prescindiendo de los dos mencionados extravíos, el

obispo es una noble figura. Volvamos ahora á hablar de Juan Valjean.

Juan Valjean, acosado por el hambre, robó un pan, y fué condenado á dos ó tres años de presidio: caso tan lastimoso como posible, mas que sólo puede y debe evitarse, procurando que haya abundancia de mantenimientos. Sin embargo, no creemos que ningun código, ni ningun tribunal del mundo, atendidas las circunstancias del hambre y de la anterior honradez del reo, condene á nadie á presidio por el simple robo de un pan.

Ya en presidio, nuestro héroe hace por escaparse varias veces, y sólo consigue que le detengan y le prolonguen la condena. Resulta de aquí que Juan Valjean pasa en presidio diez y nueve años, y sale de él con un aborrecimiento atroz contra los hombres y contra la sociedad que tan mal le han tratado. Contra esto hay poco que replicar. Las acusaciones de Víctor Hugo, aunque exageradas, son fundadas. Los establecimientos penitenciarios requieren muchas mejoras, y cualquier hombre de corazón puede clamar por ellas, sin ser notado de socialista.

Juan Valjean, ya libre, es harto vigilado y vejado por la policía: lo cual prueba que en Francia, ó por lo menos en la imaginación de Víctor Hugo, la policía es muy severa. Juan Valjean ni había asesinado ni robado á mano armada, ni cometido ningun crimen. Había sólo hurtado un pan, un día que tenía hambre, y había querido fugarse de presidio. Estos hechos, que en presidio debían ser notorios, y el tener Juan Valjean unas fuer-

zas extraordinarias, no bastan á justificar el que la policía considerase á este hombre como á un terrible malhechor, como á una fiera, como á un hombre en extremo peligroso; por el contrario, la policía debía saber que, al menos por sus hechos, Juan Valjean era un infeliz, un delincuente honrado, un *pauvre diable*. La policía no podía, como el poeta, haber penetrado en la conciencia de aquel hombre. Si la policía hubiese penetrado en ella, sería menester darle la razón por toda su severidad. Víctor Hugo nos pinta á Juan Valjean tan perdido de alma, por culpa del presidio se entiende, que todo cuidado con él nos parece poco.

Llega Juan Valjean al pueblo donde vive el obispo, y en cuanto allí averiguan, por el pasaporte, que Juan Valjean es presidiario, nadie quiere albergarle, ni darle de comer por su dinero. Bien se puede decir que las predicaciones y buenas obras del obispo caían sobre terreno harto seco y estéril. Lo que es en España, aunque no tuviésemos obispos tan santos, no faltaría nunca en ningun lugar, por duros de entrañas que fuesen sus habitantes, un sitio donde Juan Valjean reclinase la cabeza, y un pedazo de pan con que satisficiera el hambre, y mucho más si lo pagaba todo, como lo pagaba, enseñando previamente su dinero. En Francia se nos antoja que ha de suceder lo propio. Los franceses no son más empedernidos que los españoles, ni más miedosos tampoco, aunque tal vez sean más interesados; y aunque no hubiera sido más que por coger á Juan Valjean su dinero, le hubieran dado hospedaje, cama y mesa, ora hubiese venido de presidio, ora del

infierno. Pero era menester imaginar de antemano que nadie queria albergar á Juan Valjean, para preparar y motivar la brillante recepcion que le hace el señor obispo.

Este, en efecto, le sienta á su mesa, le trata con la mayor distincion, y le da cama en una alcoba inmediata á la suya; pero Juan Valjean, maleado por el pícaro del presidio, determina robar y roba los cubiertos de plata de su ilustrísimo huésped. De este modo paga el beneficio recibido. Aquí no podemos menos de hacer notar que el estudio psicológico, el monólogo, la conversacion interior de Juan Valjean antes del robo, es admirable de verdad y de profundidad, y que sólo un gran escritor puede concebirla y escribirla. Se diria que Victor Hugo, con un poderoso encanto, domina nuestro ánimo y le lleva á lo más recóndito de una conciencia perturbada, donde le hace presenciar misterios que se tenian, quizás, por inenarrables. En este y en otros casos perdona el lector á Victor Hugo, todo lo falso, todo lo absurdo, todo lo disparatado y todo lo inconsecuente de las circunstancias exteriores y hasta de los caracteres. Todo esto lo acepta el lector y hasta lo cree por un instante, á fin de gozar, una vez aceptado y creído, de aquella pasmosa verdad, de aquella trágica y espantable poesía metafísica, que tiene por teatro los hondos centros de un corazon humano, donde combaten las más violentas pasiones.

Juan Valjean, que tenia mala fortuna en todas sus fechorías, es atrapado por los gendarmes cuando se fugaba con el robo. Los gendarmes le llevan á la pre-

sencia del obispo, que en aquel punto pudo perderle y hacer que volviese á presidio para toda la vida: más el obispo dice que le habia dado los cubiertos, y no sólo los cubiertos, sino unos candeleros de plata, que asimismo le entrega, y con los cuales se va libre Juan Valjean. Antes de partir le dice el obispo al oído estas ó semejantes palabras: «A este precio he rescatado tu alma».

Quieren suponer algunos que Juan Valjean debiera haberse arrepentido en aquel mismo instante, negar que el obispo le hubiese dado los cubiertos y confesar su delito, entregándose á la justicia: pero en este punto estamos por Victor Hugo y no por sus críticos. Un hombre corrompido y viciado, no se convierte de súbito. Lo que predomina en él, por lo pronto, es el interés personal, el miedo al castigo, el instinto de la propia conservacion y el asombro y la extrañeza algo estúpida de ser objeto de un acto de virtuosa generosidad, que ni siquiera habia podido soñar, viviendo como habia vivido. La reaccion, la vuelta del espíritu hácia el bien, es más reflexiva y tardía. Por eso hallamos natural y profundo el pensamiento de Victor Hugo de hacer cometer á Juan Valjean otro nuevo delito, antes de arrepentirse. En la soledad, en medio de los campos, á la hora de anoecer y luchando ya en la conciencia de Juan Valjean la idea de la virtud con los pensamientos criminales, pasa por su lado un chico saboyano y deja caer una moneda de plata. Juan Valjean se apodera de ella. El muchacho la reclama y quiere quitársela al robador: pero Juan Valjean le

amenaza, le espanta y le pone en fuga. En todo este delito hay más del instinto animal, del espíritu de violencia adquirido en el presidio, que de maldad premeditada. Este robo motiva admirablemente la explosión del arrepentimiento en aquel alma. Juan Valjean, como herido repentinamente por un rayo de luz, comprende toda la maldad de lo que ha hecho, toda la infamia de aquel despojo, y corre en busca del saboyanillo para devolverle lo que le ha quitado; pero no logra dar con él, ni le vuelve á hallar nunca en la vida.

En el último artículo, que tendremos que escribir á pesar nuestro, porque este va siendo demasiado largo, veremos ya á Juan Valjean hecho un penitente, ejemplar y virtuoso. Sólo nos pesa que no tratase nunca de devolver sus cubiertos al obispo. Está visto que en esta novela, hasta los más virtuosos tienen una afición particular, ó al menos cierta laxitud de conciencia, que les hace guardar las cosas ajenas que poseen contra la voluntad de sus dueños, ó, si no contra su voluntad, de una manera algo parecida.

IV.

Prosiguiendo en nuestra cansada tarea de informar acerca de *Los Miserables*, empezaremos hoy por decir que Juan Valjean, oculto bajo el pseudónimo de M. Madeleine, se ha transformado en un sujeto muy juicioso y respetable. Establecido en una pequeña ciudad, cuyo nombre no nos importa, ha sabido conquistar con

su trabajo y con su inteligencia un gran capital y una posición brillantísima. Si más temprano hubiese apelado á estos medios y no hubiese hurtado el pan, nuestro héroe se hubiera ahorrado la incomodidad y el sonrojo de estar en presidio. Esta es la consecuencia que saca al leer la novela toda persona de juicio, consecuencia contraria á las que Víctor Hugo parece que pretende deducir. A cualquiera se le ocurre también que Juan Valjean no tenía para qué ocultar su nombre, sino por vergüenza de haber sido presidiario, y no por ningún peligro que corriese. El hurto de los cubiertos del obispo no era conocido sino del obispo, de su hermana y de su criada, que le habían declarado inocente. El hurto de la moneda de plata del saboyanillo, no era sabido de nadie; nadie se le podía probar. Después de esto, arrepentido Juan Valjean de sus culpas pasadas, había vivido más de ocho años, siendo como la providencia de la ciudad en que se había establecido, haciendo que la industria prosperase en ella, y difundiendo por toda la comarca el bienestar y la abundancia, gracias á sus acciones filantrópicas y á su magnífica y bien montada fábrica de azabache falso.

El nombre de M. Madeleine era venerado con razón, y la fama de sus virtudes, de su actividad y de su talento, había llegado á oídos del gobierno. Le habían querido elegir diputado y él no lo había consentido; le habían querido dar una condecoración, y él la había rehusado; le habían querido nombrar alcalde, y también se había negado á serlo. Todos tenían, pues, que acatarle y reverenciarle. Todos debían estar ya convencidos, y

lo estaban, en efecto, de que era un filántropo verdaderamente desinteresado, ninguna de cuyas buenas acciones podía tener por móvil la ambición, ni la vanidad, ni miras que no fuesen muy nobles.

M. Madeleine, como hemos dicho, se resistió durante mucho tiempo à ser alcalde de la ciudad: pero fuéron tantos los ruegos, y tuvieron tal fuerza las instancias que le hicieron para que lo fuese, que hubo de ceder al fin. En su nuevo cargo, se condujo mejor aún que como particular, imitando y tal vez adelantándose al obispo en hacer obras de misericordia: y decimos adelantándose, porque las hacia con más discrecion, con mayores recursos, y sin detentar las alhajas robadas de ninguna iglesia. Sólo nos aflige que no devolviese al obispo sus candeleros y sus cubiertos, ó que al menos no se los pagase, escribiéndole agradecido, y enviándole alguna suma para los pobres de su diócesis. Pero legalmente (y téngase esto muy en cuenta), Juan Valjean no faltaba. Sólo faltaba moralmente. Los cubiertos y los candeleros eran suyos por donacion del obispo, y él los guardaba como una reliquia preciosa. Cuando murió el obispo, Juan Valjean, esto es, el poderoso y virtuoso fabricante, alcalde, propietario y filántropo M. Madeleine, se vistió de luto. Tal es la única señal de gratitud que da Juan Valjean al obispo en toda la novela. Nos parece harto poco, comparado con la inmensidad del beneficio.

Muchas veces hemos pensado, y escrito algunas, que el mayor mérito del novelista y del autor dramático consiste en crear figuras vivas y tan perfectas ó

completas en el arte, que tienen más consistencia y sér que los héroes mismos de la historia, y que animadas por la virtud divina ó diabólica del poeta, viven de una vida imperecedera en la imaginacion de todos los hombres. Para lograr esto, ora instintivamente, ora ayudada la fantasia de la crítica, los más eminentes ingenios han dado á sus criaturas gigantescas proporciones, magnificando sus caracteres y sublimándolos y corroborándolos, ya para el bien, ya para el mal: pero siempre, al hacer esta magnificacion, al elevar á sus personajes, si se quiere, hasta una potencia infinita, han tomado como elemento y raiz de ella á los seres reales que en el mundo viven. De esta suerte, sustrayendo ó extrayendo, si es lícito decirlo así, la raiz de los personajes poéticos, descubrimos personajes reales, y tal vez los encontramos al revolver de cada esquina.

Pero nada semejante acontece con los personajes de Víctor Hugo. Por más sustracciones que haga el lector de las calidades, grandezas y excelencias de ellos; jamás logra dar con la realidad y con la vida. Lo único que logra es convertir á cada héroe en un fantasma, en un *mytho*, en un símbolo, en una alegoría, ó en una prosopopeya de tal vicio ó de tal virtud, ó más bien de tal pensamiento filosófico, social ó político, que ha concebido el poeta. Lo único que logra el lector, es convencerse de que, al hacer este trabajo, está

Trattando l'ombre come cosa salda.

El bufon de *El Rey se divierte* y la *Lucrecia de Borgia*, son el símbolo del vicio, purificado por un solo,

virtuoso y grande sentimiento. Marion de Lorme viene á ser lo propio; la redencion por el amor. Claudio Frollo, al contrario, es la virtud misma, á quien pierde un amor violento, sensual y extraviado. Quasimodo es la monstruosa estupidez á quien el amor ilumina, hermosea y circunda con una refulgente aureola de inteligencia. Y así, de casi todas las criaturas de Víctor Hugo. Son pensamientos más ó menos atinados y filosóficos que se personifican; pero no son, ó rara vez son personas. Es tan potente, sin embargo, la fantasía de Víctor Hugo, que nos parece comparable (y permitasenos la imagen mitológica) á Rea, mujer de Saturno, la cual, en vez de hijos, hacia tragar piedras á su hambriento esposo. Algo parecido hace la imaginacion de Víctor Hugo con el público su enamorado; con el público, con quien ha conseguido unirse en fecundísimo y utilísimo consorcio.

El encanto, la hechicería, el misterioso procedimiento de que Víctor Hugo se vale para hacer que las figuras de sus novelas, sin ser reales, se graben hondamente en la memoria y dejen allí como una estampa indeleble de ellas, bien se puede y hasta se debe desaprobar; pero no puede dejar de maravillarnos. Fantina, Juan Valjean, el obispo y hasta el polizonte Javert, tienen mucho de absurdos, de falsos, de contrahechos; hay en todos más rasgos de las sombras y espectros que en una pesadilla se nos aparecen, que de los seres que respiran, y hablan, y se mueven, y salen por esas calles á la luz del día; y á pesar de todo, Fantina, Juan Valjean, el obispo y Javert, se

quedan profundamente grabados en nuestra alma, y viven allí una vida que no es vida, pero que no se extingue ni se borra tampoco. ¿En qué alma no se levantan, distintas y claras aún, las figuras de la Esmeralda, de Pedro Gringoire, del capitán Febo y del arcediano de *Nuestra Señora de París*, y salen á saludar, cuando se leen *Los Miserables*, á sus hermanos menores Juan Valjean, Fantina y el obispo?

Esta fuerza, este poder de conservacion y de duracion, este brío que tienen las figuras de Víctor Hugo para herir las imaginaciones y fijarse hondamente en ellas, es un mérito grande que no puede dejar de ser celebrado. Para obtenerle, es menester confesar que rara vez apela Víctor Hugo á ciertos medios extrínsecos, materiales y vulgares. Sus héroes no son sublimes de un modo groseramente cuantitativo, como el D. Juan Tenorio de Zorrilla, de cuya grandeza nos da el poeta fácilmente razon por una estadística ó inventario de los centenares de hombres que ha muerto en desafio y de los centenares de mujeres que de su seducccion han sido víctimas; ni como los antiguos caballeros andantes, que hendian á un jayán de un solo golpe, como si fuera de alfeñique; ni como algunos guapos de Dumas, cada uno de los cuales acuchilla él solo á innumerables contrarios, quedando ileso. Los héroes de Víctor Hugo no son misteriosos y sobrenaturales, como los de Hoffmann; ni opulentos, como Monte-Cristo, Simbad y Abul-Casen; ni están fuera de la sociedad, ó por cima de la sociedad, como los piratas y corsarios de Byron, y como

los personajes de la antigua tragedia; los cuales solian ser reyes y tiranos, á fin de que todos pudiesen caminar por sus respetos y tuviesen la esfera de accion libre y desembarazada, para explayarse en ella y desenvolver un gran carácter con toda libertad y holgura. Ni suelen ser tampoco las heroínas de Víctor Hugo tan material y decididamente hermosas que no haya más que pedir y sí mucho que temer, muriéndose de amores cuantos lleguen á verlas, para cuyo mal buscan ellas á veces el remedio, como cierta princesa de la *Selva de aventuras*, en llevar siempre cubierto el rostro con un velo. Rara es la obra donde Víctor Hugo echa mano de estos recursos, y ciertamente que en *Los Miserables* es donde menos los hay. Sin embargo, los personajes de la primera de las cinco novelas permanecen en el alma y no se desvanecen ni se olvidan. Esto se debe, en nuestro sentir, á la magia del estilo, y á una poesía metafísica que lleva al lector al centro mismo del espíritu de los personajes, mostrándole allí las singularidades y maravillas que no hay en las acciones de ellos, y por donde ellos hacen en el lector la impresion más viva.

Así sucede principalmente con Juan Valjean. El haber hurtado un pan, el haber estado despues en presidio, el haber hurtado de nuevo unas cucharas y una moneda de plata, y el haberse arrepentido por último, haciéndose hombre de bien, filántropo y fabricante, son actos en verdad muy poco dignos de memoria, y por los cuales no puede distinguirse mucho una persona, ni por su bondad, ni por su per-

versidad tampoco. Lo que hace, pues, interesante á Juan Valjean, que además de ser vulgar es falso, es la revelacion y manifestacion que de su sér interior hace el poeta. No hay alma, por baja ó mediana que sea, que vista sin nube ó velo que la cubra, que puesta á la consideracion y exámen de alguien, y como en immediato contacto, no guarde ó conserve en sí algo de divino, y no nos inspire cierto linaje de admiracion y aun de adoracion, haciéndonos doblar la rodilla, como ante la imágen del Sér de los séres. En esto, pues, está el secreto de Víctor Hugo. La fisonomía, la estatura, la vida, las vicisitudes de Juan Valjean nos interesan poquisimo; son absurdas. Lo que nos interesa y conmueve es su alma que el poeta pone de manifiesto, penetrando en sus mas hondos y escondidos senos por un esfuerzo poderoso de la fantasía. Y decimos mal al decir que lo que nos interesa es el alma de Juan Valjean. Juan Valjean es un *mytho*, es una alegoría, no es un individuo, y por lo tanto, no tiene alma: lo que nos interesa es el alma humana en general, y el espectáculo tremendo de sus combates místicos con encontradas y violentas pasiones. Los héroes de Shakspeare, algunos de Calderon, casi todos los de Cervantes y no pocos de otros poetas, tienen individualidad propia, tienen alma que les pertenece; pero Juan Valjean no es un héroe de esta laya. No acertamos á reconocer en él un carácter real que le distinga.

El personaje más distinto de toda la novela es más secundario; es el polizonte Javert. Pero si bien se

examina, Javert tambien tiene más de simbolo que de personaje. Es el egoismo de la *burguesía*; es el amor del bienestar; es el respeto y la admiracion por la gente acomodada, y el deseo de que el orden no se altere para que esta gente siga prosperando; y es el aborrecimiento, el desprecio y la ira á cuantos propenden á perturbar esta para Victor Hugo supuesta armonía de la civilizacion presente; todo lo cual ha sido elevado á la categoría de una virtud severísima y de una rigidez fanática, y personificado luego en el mencionado polizonte. Lo más terrible, lo más anti-social, lo mas peligroso, si algo hay de peligroso en la novela que examinamos, es la figura del polizonte Javert. Esta figura es la virtud conservadora de la sociedad presente y el deber social puestos en caricatura. Por eso, aunque Javert no es un personaje, parece un personaje, y su efígie y su condicion moral se quedan en la memoria, como se quedan en los ojos ciertos discos ó espectros luminosos, despues de haber contemplado por largo rato un resplandor muy vivo.

Los hechos que dan lugar al completo desarrollo de los caracteres, en lo que aún nos queda que examinar de la novela, no son menos inverosímiles que los que hemos examinado hasta aquí; Javert sospecha que M. Madeleine es el presidiario Juan Valjean, y le vigila y espía, y está anhelando descubrirle y acusarle. Juan Valjean sigue siendo virtuoso; pero se guarda muy bien de descubrir su verdadero nombre y su condicion pasada. Entre tanto, crecen las sos-

pechas de Javert y su ira contra Juan Valjean, y acaba por acusarle de haber sido presidiario. El inspector de policia ó el ministro de policia, ó no recordamos quién, contesta á Javert que se ha equivocado, que el verdadero Juan Valjean está preso y acusado de un nuevo hurto, y que probablemente el tribunal de Arras le condenará á presidio por toda la vida, por reincidencia en sus antiguos delitos. Javert, el polizonte íntegro, la virtud social personificada, refiere todo esto á M. Madeleine, se confiesa culpado de haber sospechado de él injustamente, y le pide justicia contra sí mismo, exigiéndole que por lo menos le quite su empleo. Esto da ocasion á una escena verdaderamente admirable. Desde este momento es justo confesar que una agitacion, que tiene algo de febril, se apodera de todo lector algo apasionado é inteligente; que el interés redobra á cada página que se lee; y que no es posible soltar el libro hasta haberle leído por completo.

La disyuntiva en que pone el autor á su héroe es, á nuestro ver, de todo punto falsa. Ya hemos dicho que ni el hurto de las cucharas ni el de la moneda podian probarse de un modo legal. Y por otra parte, ocho ó nueve años de una vida honrosísima, y una série de beneficios y de nobles acciones en favor de todos los habitantes de aquella comarca, y el trabajo y la inteligencia, y el carácter reconocido de M. Madeleine, y su fama, y hasta su gloria, bastarian en el tribunal mas rígido del mundo y en la nacion mas severa, y con la legislacion mas draconiana, para que ab-

solviesen á Juan Valjean de sus pasadas culpas, ó al menos para que de seguro le indultasen. Juan Valjean, para salvar de presidio al desgraciado que habian tomado por él, no tenia que arrostrar en realidad ningun peligro; sólo tenia que arrostrar la vergüenza de decir que él habia sido presidiario; pero esta vergüenza redundaria y se convertiria en magnificacion y glorificacion de quien la arrostrase, en todo país donde tuviesen los hombres un corazon dentro del pecho. Con todo, para que tenga base y cimiento cuanto sucede despues, es menester empezar por creer lo absurdo; es menester dar por cierto que Juan Valjean irá á presidio por toda su vida, en cuanto declare su nombre. Aceptado esto, inferido este agravio, no sólo á la sociedad, sino á la naturaleza humana, todo lo que se sigue es de una portentosa y terrible hermosura.

Juan Valjean despide á Javert, y se pone á reflexionar sobre lo que Javert le ha contado. Entonces sus vacilaciones, y los consejos que le da su egoismo para callarse y dejar ir por él á presidio á aquel desventurado, y la voz de la conciencia que se levanta severa en contra de esta determinacion, y el diálogo espantoso de verdad que entablan dentro de aquel alma el interés y el deber que pelean; todo es magnifico, extraordinario, épico, digno de un escritor grande y de un egregio é inspirado poeta. El terror de esta escena, que tiene por teatro el cerebro de Juan Valjean, va subiendo de punto casi hasta el fin de la novela; y los séres, ó mejor dirémos, las entidades metafísicas que

allí dentro riñen la mas brava y ruda batalla, nos apasionan, nos conmueven y nos sobreexcitan mas que todos los personajes de carne y hueso. En el capítulo titulado *Una tempestad debajo de un cráneo*, se levanta Víctor Hugo por cima de cuanto ha escrito en sus mejores dias. El viaje de Juan Valjean desde el pueblo donde reside á Arras, donde va á ser juzgado otro por él, no es de menor mérito. Víctor Hugo hace ir á Juan Valjean, no como quien viaja voluntariamente, sino como quien se siente arrastrado por una fuerza superior. Se diria que el deber ha tomado la forma y el brio imperioso de un ángel ó de un genio que lleva ó empuja á Juan Valjean, á pesar del egoismo.

Mil estorbos materiales, mil inconvenientes impensados se ofrecen para atajar á Juan Valjean en su camino, y el interés personal se alegra; pero el deber los vence, y aunque al vencerlos el deber siente el alma cierta pena, sigue el alma adelante en su buen propósito.

Indeciso aún, dudoso entre el bien y el mal, llega Juan Valjean á Arras; entra en el tribunal donde se le juzga y se le va á condenar en otro, y dando á un portero su nombre supuesto y respetado, se coloca en un lugar desde el cual lo ve y lo oye todo perfectamente.

Un viejo imbécil á fuerza de años y de trabajos, una criatura inofensiva é inocente, va á ser condenada por un fatal parecido que tiene con Juan Valjean. Varios presidiarios y el mismo Javert declaran que aquel

hombre no es otro; su imbecilidad pasa por astucia refinada, y su sencilla negacion de no ser Juan Valjean por insolente atrevimiento. Por último, triunfa enteramente el sentimiento del deber en nuestro héroe, y se levanta y exclama en medio del tribunal, que él es el verdadero Juan Valjean. Los jueces creen que M. Madeleine tiene un arrebató de locura; los presidiarios que fueron compañeros suyos no le reconocen; todavía, si quiere, puede salvarse y seguir viviendo una vida honrada y cómoda, en vez de caer de nuevo en un abismo de infamia. Pero ya no vacila. Juan Valjean habla, da pruebas, y hace ver hasta la evidencia que él es el verdadero criminal contra quien se ensaña la justicia de los hombres.

Lo natural seria, despues de esto, que todos los periódicos y todas las personas encomiasen mucho á Juan Valjean; que la justicia no le condenase á nada, porque no habia razon para condenarle; y que hasta se escribiesen romances encomiásticos sobre el caso, volviéndose á su fábrica nuestro héroe, y siendo más venerado y con más razon que lo habia sido hasta allí. Pero nada de esto, sino lo contrario acontece. Javert tutea ya á Juan Valjean, le trata con brutal insolencia, y le lleva á la cárcel. El tribunal va irremisiblemente á condenarle á presidio para siempre. Esto es falso, es imposible, es absurdo y es monstruoso. Esto es calumniar á la justicia humana, y á la sociedad y al mundo, ya que no también á la Providencia. Pero esto pasa en la novela.

Juan Valjean, para evitar tan injusto y bárbaro cas-

tigo, se escapa de la prisión, abandona á sus obreros, á sus enfermos y á sus protegidos, se viste pobremente con una blusa, y se va huyendo por esos mundos de Dios. Así termina la *Primera parte* de *Los Miserables*.

No sabemos si tendremos tiempo, humor y paciencia para examinar las siguientes, que aparecerán dentro de poco; pero si las examinásemos, nunca seria con la detencion empleada en esta primera, en la cual tal vez hayamos pecado de harto prolijos.

De todos modos, la primera parte de *Los Miserables* forma un conjunto, es un todo en sí, y bien puede ser juzgada con independencía de las otras cuatro partes que han de seguirse. Añadirémos, pues, como cifra y resúmen de cuanto va dicho, que la novela titulada *Fantina* no se puede tachar de inmoral ni de irreligiosa. Es, sí, algo antisocial y muy extravagante. Sus lunares son muchos; pero también tiene notabilísimas bellezas, las cuales acreditarían de eminente escritor á Víctor Hugo, si ya no estuviese acreditado.